



LEYENDO a Fabre comprendí que nuestra atención es como una cámara tomavistas que pasea curiosa su ojo único de Polifemo sobre las cosas, buscando siempre temas nuevos que rodar. Y que cada época queda mucho más definida aún que por todo ese mundo de imágenes que nos deja, por el ángulo de enfoque que damos a la cámara.

Fabre levantó algunas piedras para ver lo que hacían debajo los insectos, tuvo éxito, y ya en su tiempo todo fué un desmedido afán por conocer lo que sucedía bajo nuestras plantas.

Más tarde alguien nos hace caer en nuestro error de enfoque. Hasta entonces habíamos vivido felices, convencidos de que nos movíamos sobre la superficie de la tierra como amos y señores y, de pronto, comprendemos que lo que hacíamos era, en realidad, arrastrarnos como lumiacos por el fondo del océano aéreo.

Nuestra atención efectúa entonces un giro de ciento ochenta grados y queda enfocada hacia las alturas. Y así como antes levantábamos las piedras, ahora todo es intentar abrírnos paso entre las nubes para conocer lo que se oculta sobre ellas.

Sí, hay que volar, hay que llegar hasta los pájaros, sobrepasarlos—al fin y al cabo también ellos son fauna abisal, como nosotros—, subir siempre, hasta asomar a la superficie de la atmósfera a oír el dulce rumor de la máquina celeste.

Los que hicieron esto fueron los volovelistas, los que vuelan sin motor.

¿Qué clase de hombres son estos volovelistas que así pueden elevarse ingrávidos sobre los demás mortales, venciendo el peso de la carne?

La atmósfera es una inmensa máquina, con un caudal de energía suficiente para levantar en el aire catedrales enteras, ¿cómo puede sorprendernos que lo haga con unos cientos de kilos si quien se lo pide se consume en una ardiente fiebre de alturas?

No es juego el vuelo a vela. Es algo mucho más profundo que un juego. Es, nada menos, que la realización de un instinto ancestral de la especie. El ansia humana de espacios angélicos. El instinto icario, como lo llamaba D'Anunzio. Le vemos ya en el Cha Nameth, uno de los libros más antiguos de la Humanidad, y en Pindaro, cinco siglos antes de Cristo, y lo volvemos a ver veintitún siglos más tarde en nuestro Clavileño.

Es una sinfonía de alados dioses en la teogonía pagana, un vago recuerdo de ángeles y querubines entre los hebreos, la levitación de los santos en nuestras calendas cristianas. Es el sueño de volar en los modernos onirocríticos. Quinientos años de maravillosas imágenes volantes, en Melozzo, en Tintoretto, en los «Volaverunt», de Goya.

Raíces tan hondas no cuajan sino en tierras muy profundas. Así, cuando llega a la nuestra el volovelismo, encuentra en ella un pueblo que ha sentido en su médula, a lo largo de los tiempos, la tortura de este instinto. En cada aldea, en cada lugar de España hay una alta espadaña de iglesia desde la que alguien un día se lanzó al aire.

El velero—como decía Saint Exupery—nos pone de nuevo en contacto con todas las viejas verdades del mundo. Es una vez más la eterna lucha del hombre con la Naturaleza. Por eso, en tanto que otros que supervaloran el útil, son atraídos por el avión, nosotros, que aún valoramos al hombre, nos vamos tras el velero.

Y así vuelan sin motor en España altos y bajos. El catedrático insigne, el especialista en rayos cósmicos, la alta jerarquía eclesiástica... Pero, fundamentalmente, vuela el que destripa los terrones, el que marcha tras los ganados por caminos de siglos, el estudiante y el soldado. Toda espesa flora nuestra, en fin, que describió Lope.

Quizá sea este extraordinario entusiasmo una sorprendente faceta nuestra para el extranjero. Un país, cuyos recursos y desarrollo de la aviación son notoriamente inferiores a los de otros, cuenta con más de 9.000 pilotos de vuelo a vela, y cuando estos otros países, de medios superiores a los nuestros, lucharon en este terreno por elevarse unos cientos de metros sobre el suelo, nosotros, elevándonos por miles poseíamos la marca del mundo de altura.

En nuestras fábricas se estudian y construyen veleros de famosos tipos, que de España salen para los lugares más distantes, solicitados por quienes aquí los conocieron y admiraron su construcción. Hoy—y esto aun no se conoce por el mundo—se vuela sobre veleros españoles en la desembocadura del Plata, y en la del Tajo, en los Andes y en el África del Norte.

Siempre tuvimos los brazos abiertos a quienes quisieron venir a aprender con nosotros. Argentinos, chilenos, mejicanos... aprendices unos, pilotos viejos otros, volaron con nosotros. Y no de cualquiera manera, sino marcando desde aquí, desde España, jalones de la pequeña historia aeronáutica de sus países respectivos. En España fué donde se establecieron las marcas nacionales de permanencia en vuelo argentina y finlandesa, y la de altura portuguesa.

Hoy como ayer, como en los tiempos del «Plus Ultra», del «Jesús del Gran Poder» y del «Cuatro Vientos», los españoles cuando se lanzan al aire lo hacen «volando a la española» volcando el alma, la mano abierta a quien quiera acompañarles en su viaje hacia los espacios angélicos, el espíritu en la punta de las alas.

EL ESPIRITU *en la punta de las* ALAS

por Joaquín F. Quintanilla

